

Antología del Concurso de Cuento y Poesía

USAQUÉN 451

Fundación Fahrenheit 451

Antología del Concurso de Cuento y Poesía

USAQUÉN 451



Antología de cuento y poesía
Usaquén 451

Alcaldía Mayor de Bogotá
Junta Administradora Local

Derechos reservados Fundación Fahrenheit 451
© 2011, Varios autores.
© Fundación Fahrenheit 451

Antología, compilación y edición realizadas por:
Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama
Prólogo: Antologistas

Proyecto realizado en el marco del convenio 022 entre el
fondo de Desarrollo Local de Usaquén y la Universidad de
Cundinamarca. Proyecto Estímulos y Apoyos Concertados
Usaquén 2010-2011.

E-mail: fund451@gmail.com
ISBN 978-958-8418-30-8

Primera Edición 2011
Diseño carátula y diagramación: Juliana Orozco

Impreso por PUENTES IMPRESORES LTDA
Calle 71 N° 69I- 21
Tels: 6040104- 2400494

Impreso y hecho en Colombia.

Presentación

Estas páginas no sólo recogen los 20 textos (10 cuentos y 10 poemas) más representativos del I Concurso de Cuento y Poesía Usaquén 451. No. Estas páginas logran mucho más, aún mucho más.

De la mano con los casi 20 talleres que se dictaron durante el concurso, en colegios a lo largo y ancho de la localidad de Usaquén (dando prioridad a los colegios públicos), estas páginas no sólo son la cuna y el hogar de muchas voces jóvenes que comienzan un camino en las letras que puede extenderse por años y años, que puede ser una opción de vida para algunos. No, estas páginas alcanzan a ir más lejos.

Estas páginas, además, consiguen ser ventanas a los corazones, almas, pensamientos, alegrías, dolores y preocupaciones de los jóvenes que estudian, viven, sienten, aman, piensan y disfrutan esta localidad. Algunos agobiados por amores que se han ido o ilusionados por amores que florecen en la pasión; otros con preocupaciones por la historia de este país o por la historia del mundo que quieren reescribir; otros crean mundos a veces lejanos, a veces cercanos, a veces muy distintos, a veces casi iguales, pero en los que el alma humana (con sus bellezas, horrores y humor) se hace presente y nos sobrecoge.

También estas páginas dan cuenta del apoyo brindado por las distintas instituciones que se han sumado al concurso e hicieron posible la participación de los más de 150 jóvenes de toda la localidad. Esta lista sería interminable, así que la Fundación, de manera general, les agradece a los colegios que nos permitieron realizar los talleres, a los docentes que acompañaron el proceso con los participantes, a la biblioteca de Usaquén que nos abrió las puertas y, cómo olvidarlos, a los jóvenes que confiaron en nosotros y nos entregaron su talento.

Asimismo, es necesario agradecerle a la JAL de Usaquén y a la Universidad de Cundinamarca, pues ellas hicieron posible el espacio que nosotros aprovechamos para dar vida a este proyecto.

Para terminar, docentes, padres, familiares y demás personas interesadas en este libro, antes de empezar la lectura de estos cuentos y poemas, por favor, recuerde sus años de juventud, sus esperanzas, deseos, anhelos y miedos, para que pueda compartirlos con estas páginas y sus autores. Así, no sólo habrá una lectura, un compartir en un sentido, sino todo un diálogo de jóvenes de distintas edades, de distintas generaciones y de distintas voces.

Que estas páginas, forjadas y salvaguardadas en la localidad de Usaquén (sus colegios, sus hogares y bibliotecas) se vuelvan un punto de encuentro para todos, en torno a las letras y las voces de los jóvenes.

Índice

Presentación	9
CUENTO	
Chocolate en la mañana	15
Por Christian Escobar Moreno	
¿De qué te quejas?	23
Por Beatriz del Carmen Rosero Huertas	
El plato del día	27
Por Marcia Ximena Rojas Moreno	
Delirio Parisino	33
Por Jorge PiraguaForero	
La tierra	41
Por Estefany Daniella Díaz Cely	
Yacoruna y la Anaconda	45
Por Bibiana Carolina Castillo Mariño	
Atardecer otoñal	49
Por Alejandro Higuera Sotomayor	
Ese sujeto	55
Por Daniel Esteban Sánchez Farfán	
El dinosaurio azul	59
Por Juan Felipe Velásquez Trujillo	

No papi no, no lo hagas otra vez 63
Por Claudia Ximena Sánchez Sepúlveda

POESÍA

D . E . M . E . N . T . E . 71
Por Sandra Bernal Salazar

**Nos encontramos mirando este triste
panorama...** 75
Por Andrés Camilo Gil

Sola entre un mundo de extraños 77
Por Andrea Malagón M.

Tiempo muerto 81
Por Catalina Zambrano

Luna roja 83
Por Ivonne Eliana Flórez Limas

Obstinación 85
Por Daniel Santiago Martínez Luna

La historia Magna 87
Por Heidy Liliana Moreno Saboya

**La ausencia de tu mirada penetra profunda-
mente en mi cuerpo...** 89
Por María Fernanda Meneses García

Amor 91
Por Catalina Ramírez Tafur

Veredicto final 93
Por Alejandra Vásquez



Cuento

Antología del Concurso de Cuento y Poesía

USAQUÉN 451

Chocolate en la mañana

Por Christian Escobar Moreno (1996)
Colegio Calasanz Bogotá

Pedro Pablo abrió los ojos, pero no fue por culpa de un rayo de luz, sino por culpa de los labios de su esposa, que se despedían suave y lentamente. Aún, con esta suavidad, Pedro Pablo no podía volver a conciliar el sueño. Su nariz se lo impedía, ya la veía venir: su nariz se antojaba de aquel delicioso olor que emanaba del gran termo verde que colgaba del cuello de su esposa. Siempre lo obligaba a pararse y a servirse un poquito de este manjar de chocolate.

Al pararse de la cama lo primero que hizo antes de ir a la cocina por su chocolate, fue ir a despertar a su hijo Pedro Jr. El muchacho se despertó como un tiro, pues quería ir a ver por la ventana a su mamá que salía por la puerta de la droguería de su padre.

Pedro Jr. se fue detrás de su padre que se dirigía a la cocina a servirse una porción de chocolate, ¡pero no había nada!, la olla estaba vacía. Los dos se miraron desconcertados, pero al parecer no se rindieron, de inmediato se dirigieron al cuarto más grande de la casa en donde estaba guardada la mercancía de la droguería y un gran paquete en donde mamá guardaba los víveres. Pedro Jr., que era el que conocía la receta paso a paso, metió su gran cabeza en la bolsa y empezó a sacar en orden mientras decía —Maizena,

azúcar, leche, sal, canela, nata y, por supuesto lo más rico, granos de cacao—, luego con ayuda de su padre llevó todos los paquetes a la cocina.

Como un profesional, Pedro Jr. empezó a recordar la receta y la sabia indicación de su mamá que decía:—El sabor se encuentra en la medida perfecta de cada ingrediente—, por lo que sacó una minúscula balanza de un cajón. Inició pesando 40 gramos de Maizena, luego sacó una piedra y molió la canela y pesó un gramo de la harina resultante.

Como si fuera un objeto muy importante, sacó el cacao molido de su bolsa y con delicadeza pesó 551 gramos, luego se aseguró de que las bolsas de nata y leche dijeran 1000 mililitros cada una y 1000 gramos la del azúcar. Con mucha inspiración mezcló la Maizena con la mitad del azúcar, luego, en un plato de sopa, agregó leche fría a la mezcla, esperó un momento y regó la nata, la canela y el ingrediente secreto de mamá, una pizca de sal sobre el plato. Tomó la olla más grande que encontró y puso a hervir la mezcla mientras le agregaba el cacao y lo dejaba todo a fuego lento. Pedro Pablo estaba boquiabierto, no pensó que su hijo de 8 años pudiera memorizar y preparar tal receta con esa perfección y pulcritud.

Mientras estaba el chocolate, Pedro Pablo pensó si su mujer estaba furiosa con él o algo por el estilo, pues ella siempre dejaba preparado el chocolate. Pensaba y pensaba pero no se le ocurría nada. Pedro Jr. gritó a su papá —¿Puedo servir el chocolate?—, pero él, rápidamente, le contestó

que no lo sirviera porque ya iba a ayudarle. Entonces Pedro Jr., como era usual, se dedicó a mirar por la ventana y a inventar historias de lo que pasaba afuera. El niño se paró frente a la ventana, mientras se terminaba de cocinar el chocolate y empezó el relato de aquel día: —Los soldados se preparan, todos en la multitud se están pegando y disparan papapapapa; el general Jaramillo se dirige con un cautivo al cuartel—. En ese momento Pedro Pablo escuchó el ruido de un vidrio roto.

Normalmente no prestaba atención a las historias de su hijo pero, sumado con aquel estruendo, intuyó que alguien se había metido a la droguería a robar. Por instinto cogió un cuchillo y le dijo a Pedro Jr. que se encerrara. Bajó las escaleras al primer piso. Su corazón latía muy rápido y las piernas le temblaban, abrió con sigilo la puerta y vio el pequeño vidrio de la ventana de la droguería roto. Se asustó aún más cuando vio dos personas en el interior de la droguería. Luego se tranquilizó aunque quedó muy confundido. Los que estaban allí eran su cuñado el Teniente Jaramillo y un sujeto que estaba herido y chorreando sangre. Pedro Pablo se relajó un poco, pero ahora comenzaba a estar furioso, pues un vidrio de su tienda estaba roto y estaba esperando a que su cuñado se disculpara de alguna manera y le diera una explicación por la intrusión, pero en vez de eso, el teniente, sin mediar explicaciones, le pidió que escondiera a aquel hombre. Antes de que Pedro Pablo pudiera negarse, vio una estampida de gente en la

calle, hombres con corbata y vestido, mezclados con otros menos aderezados, que se dirigían hacia su droguería y se atoraron en la estrecha puerta, tratando de entrar todos al tiempo. Lo primero que se le ocurrió fue dar un salto hacia su máquina registradora, la botó al piso y como una rata se escondió detrás del mostrador con su dinero.

Lo que aconteció luego fue una lluvia de piedras que se dirigían a los ventanales de la droguería y a los tres hombres que estaban dentro. El tumulto pudo entrar a la droguería por las ventanas rotas y algunos pocos, por la puerta. Pedro Pablo escuchó al policía que decía —Espérense, espérense, calmados, es preferible que este hombre sufra como una escoria en la cárcel a que su sufrimiento sea sólo un momento. No lo maten. Tiene que decirnos quién lo mandó— Desde muy atrás la voz de una mujer sonó —Él lo mató, sin piedad, lo mató, no lo perdonen—. Desde allí todo fue muy rápido. Los hombres tomaron al muchacho que acompañaba al policía. El hombre repetía —Ay virgencita, Ay virgencita—, con desesperación.

Después sólo se escucharon gemidos de dolor en medio de los gritos salvajes de la multitud. En pocos segundos todo acabó. No se oían gemidos ni gritos. Sólo un murmullo general, como el sonido de un tren detenido en la estación. Otro grito surgió del tumulto—Maten al que lo estaba escondiendo—. Un hombre aturdido vestido de campesino que seguro era uno de los clientes del chocolate de la esposa de Pedro Pablo preguntó:

—¿Al policía?—. Pero la voz de la multitud respondió —No, al de la farmacia—. El policía miró a su cuñado, Pedro Pablo estaba a los pies del oficial, acurrucado, con la registradora entre las piernas, lejos de la vista de la multitud embravecida. De entre la gente salieron muchos brazos, como si se tratara de un pulpo y arrancaron al policía del suelo y lo pasaron como un muñeco por encima del mostrador. Lo apercollaron.

—¿Dónde está el cómplice?—, preguntó el tumulto. El teniente preguntó —¿El droguista?—. —Sí— dijo la multitud —El que quería protegerlo—.

Pedro Jr. no entendía lo que estaba sucediendo, pero sabía que aquel bullicio, el estallido de los vidrios y la multitud armada con palos y que se arremolinaba frente a su casa lanzando piedras, no era algo normal. Aunque sabía que debía obedecer a su papá y permanecer escondido, abrió la puerta para poder escuchar mejor y saber del destino de su padre.

El oficial, que tenía presente en sus pensamientos a su hermana y a su sobrino, escuchó los pasos y el sonido de la chapa que se abría —Alguien va a gritar que el droguista está arriba— se dijo— y la avalancha se lanzará por las escaleras—.

—No sé— les dijo el teniente con esfuerzo, mientras las manos le apretaban su cuello, luego se le iluminaron los ojos —Tiene una bata blanca— gritó el teniente con fuerza.

Tenía sentido. Un droguista debía tener su uniforme, una bata blanca. Los amotinados se miraron unos a otros, pero nadie parecía tener el tra-

je correcto para el baile de la muerte. Por un par de segundos, no pudieron descargar su ira y ésta se acumuló, para descargarla luego en cuanto encontraban a su paso, sin importar si tenía una bata blanca o no, sin importar si tenía una toga de profesor, una sotana o un uniforme militar.

Al abrir los ojos, esta vez no con un beso, sino con un dolor terrible, Pedro Pablo vio lo que quedaba de su tienda de drogas: nada, todo era ruinas, un gran vacío, como si nunca hubiera existido nada en aquel lugar. Hasta la caja registradora había desaparecido. Pero no estaba muerto y esa sencilla y valiosa evidencia trocaba aquel desierto en una tenebrosa alegría.

Pedro Pablo se asomó con cautela al rectángulo en el que acostumbraba estar la puerta de su droguería. En el piso, un rastro de sangre salía y se alargaba por la acera. Era aterrador sólo ver que el rastro se perdía en la distancia, con dirección al Palacio de San Carlos. A los lados del camino rojo, el inclemente fuego, al fondo una nube de personas que entraba en las casas y los negocios, luego salían dejando detrás todo en llamas. Las calles parecían desbordarse como el chocolate.

—¡Papá, el chocolate se riega!—. —¿El chocolate se riega? ¿Qué Pedro Jr.? —Pedro Pablo subió la escalera corriendo. El teniente Jaramillo estaba tirado en el piso, maltrecho, pero vivo. —Tome tío— El niño le pasó un pocillo lleno de chocolate. Pedro Pablo apagó la estufa. El niño estaba emocionado mirando por la ventana—Papá, te acordaste y con fuegos artificiales y una fiesta—Pedro Pablo no pa-

recía entender pero el cuñis dijo—Desconsiderado no lo recordaste, hoy es 9 de Abril hoy cumple mi niña—. Pedro Pablo se dijo —Soy un tonto, por eso no había chocolate, pero ¿señor Jaramillo, por qué se encuentra tan triste? —. El teniente Jaramillo lo miró y dijo —¡Mataron a Gaitán! —.

¿De qué te quejas?

Por Beatriz del Carmen Rosero Huertas (1997)
Colegio Calasanz Bogotá

Había una vez una niña muy fea. Tan fea que sus papás la negaban en público. ¿Eran buenos padres? Pues no. Ni siquiera eran sus padres, ya que un padre nunca haría eso, ¿verdad? Bueno, como sea, esta niña se llamaba...Mmmm, bueno, no me acuerdo del nombre, pero la llamaban Cerdo. Cerdo por ser fea y tras de todo gorda. Esta niña vivía en un mundo lleno de discriminación y, claro, mucho dolor. Si de niña sufría, imagínense de adolescente.

Los 13 años. Época en que los ya no tan niños hacen estúpidas listas sobre el top 10 de las más feas, y a que no adivinan a quien ponían de primer lugar. Todos los niños la ponían a ella: primer lugar, el Cerdo. Bueno, ¿pero saben ella qué hacía? Nada.

Sí, exacto, nada. Le ponían apodos, le llamaban Cerdo, la obligaban a hacer algo y ella nunca desobedecía, pero tampoco decía ni refutaba nada. Eso era lo bueno en ella.

¿Qué tal que ella le pusiera atención a todo lo que le decían?, hubiera terminado muy mal.

Afortunadamente ella tiene algo muy bueno. Su carisma y entrega. Su amor incondicional por la música. Casi que se había casado con ella. Lo que la relajaba era escuchar música y hacer yoga, o un intento.

Pero a menudo se preguntaba si habrá un mun-

do paralelo al que ella estaba viviendo. Quién sabe, pero se consolaba con la música y el baile. Era su pasión, lo que más le gustaba hacer.

Su gran secreto. Nunca lo compartió con nadie, jamás, nunca lo pensó, ya que en su entorno nadie lo entendería. Pues sí, así era su vida. Miserable.

Pero no todo puede ser malo. Ella tenía una persona que la quería y la protegía, aunque ella no lo supiera. Esta misma persona le envió cierta vez un perrito, y le hizo llegar, en todos sus cumpleaños, un regalo. Ella nunca supo quién era.

Al menos por un tiempo, ¿Recuerdan que mencioné que, prácticamente, era adoptada? Pues sí, a ella la apartaron de su verdadera familia.

Sus papás la vendieron ya que necesitaban el dinero. Sí, cometieron un grave error, pero hubo alguien que luchó con todas sus fuerzas para lograr recuperarla, pero como estaba solo nunca pudo rescatarla. Su padre simuló venderla, pero trazó una estrategia para no entregarla y quedarse con el dinero que le iban a dar. Lo que haría era llevar a sus amigos armados, decirles a los que querían a su hija que le dieran el dinero primero. Lo que él no esperaba era que los ahora “padres” de su hija, fueran el triple preparados. De inmediato abortó esa misión.

Muy tonto, pienso yo. Si sabía que esa gente tenía plata, debió suponer que también eran más inteligentes, tuvieron una mejor educación, etc.

Eso hubiera sido pedirle mucho a una persona que abandonó los estudios, como a su hija por no sentirse capaz, no porque no lo fuera.

En fin, es sólo mi opinión. Otra persona quizás lo juzgaría diferente. Pero lo único bueno fue que nunca dejó a su hija. Jamás. Para mí eso es lo único que ha hecho en su vida por alguien.

Decidió hace 5 días que ya era hora de aparecer, y le explicara todo a su hija. Ella no lo perdonó de primeras, pero accedió a escaparse de esa casa donde la trataban tan mal. Sí, su nuevo hogar era una pocilga, pero estaba lleno de amor. Por fin no la juzgaban por ser fea. No, ya que por encima de eso, la amaban.

Esa fue la época más feliz que recuerda... sigo sin acordarme del nombre. Bueno, el caso es que estuvo rodeada por su padre, madre y hasta tenía dos hermanos menores, y todos la querían, nunca la criticaban por su físico. Sólo por algunas actitudes que ella no debía asumir.

Sus otros padres, los adoptivos, ni siquiera se preocuparon por buscarla, ni por el dinero que habían dado. No la querían, así de simple, y el dinero no era nada para ellos.

Pero algo trágico sucedió. A... la N.N se la encontró asfixiada por una pepa de melocotón que se le quedó atorada en la garganta.

Por dios, ¿acaso alguien racional se traga una pepa de melocotón? No lo creo. Pero bueno ésta es mi opinión, como ya lo dejé en claro. Además ¿Por qué comía a deshoras? Era muy tarde para andar comiendo, igual ella se lo buscó, ya estaba medio gorda.

Su velorio fue sencillo, pero sus padres atormentados por no haber podido compartir lo suficiente con su hija, no fueron al entierro.

Así terminó la vida de la pequeña... ¡Sí! Ya me acordé del nombre. ¡Se llamaba Esperanza!

La pobre nunca tuvo una vida feliz, sólo antes de morir. Por eso sus padres crearon una fundación llamada “Quiérete y así te querrán” encargada de promocionar la salud, pero sobre todo la autoestima de los niños, ya que no se quieren ver más casos como el de Esperanza.

Suspiré... ¿En verdad éste era el discurso correcto para la conferencia de los 20 años de aniversario de “Quiérete y así te querrán”?

No lo sé, pero estoy escribiendo lo que siento, y es algo que puedo hacer ya que, si Esperanza estuviera viva tendríamos la misma edad y seríamos las mejores amigas. Ahora, dando por fin mi punto de vista, puedo entender qué hubiera pasado si ella y yo nos encontráramos alguna vez. ¿Le hubiera gustado mi discurso? Quién sabe. Como ya lo dije, es mi opinión y la de nadie más.

El plato del día

Por Marcia Ximena Rojas Moreno (1995)
Colegio de la Presentación Sans Façon

En un restaurante en la Rue de Rivoli de París, el chef Pierre, el dueño del restaurante Moncherie, murmura para sí mismo mientras nerviosamente camina de un lado a otro de la cocina: “él vendrá... él dijo que iba a venir y vendrá”. Pierre se detiene a mirar su reloj y continúa: “ya casi son las siete... será lamentable, pero lo tengo que hacer”. Pierre hoy está muy extraño, sus meseros lo notan, es un hombre usualmente feliz, un francés bonachón dedicado enteramente a su restaurante, pero en el último mes su humor ha cambiado, tornándose nervioso y un poco paranoico, lo cual se nota hoy más que nunca.

“Bueno muchachos, ¡ya son las siete! Hora de servir el plato del día”, dijo Pierre a sus meseros, (cabe aclarar que el Restaurante de Pierre era famoso por su extraño menú el cual consistía solamente en un “plato del día” que siempre era diferente y resultaba ser sorprendentemente delicioso e infalible para complacer el gusto de los clientes, tal como muchos de ellos afirmaban). Como algo habitual, los tres meseros de turno cogieron un plato en cada mano y comenzaron a servirlos en cada mesa, uno a cada comensal, que en esa noche eran exactamente 19, luego se sentaron ellos mismos en la cocina a comer también

del plato del día que comían cada día sin falta. Pierre, que observaba la escena con ojo vigilante, se había asegurado de que ningún otro chef estuviera ahí para lo que planeaba, estaba preocupado y continuaba murmurando: “Espero que todo salga bien, es terrible no saber quién es, aunque casi puedo estar seguro que es aquel caballero del abrigo verde, me resulta bastante sospechoso... o aquel otro del sombrero de copa...”. Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por un extraño y bizarro acontecimiento, todos y cada uno de los 19 comensales y también los 3 meseros, estaban retorciéndose de dolor en sus asientos, aproximadamente medio minuto después de eso, sin siquiera hacer ruido, todos murieron.

Pierre, poseído por lo que parecía un ataque nervioso, puso todos los cadáveres en la nevera del restaurante y se fue a su casa donde. Allí, como le era usual, se comió un croissant con chocolate, vio la emisión nocturna de las noticias y se fue a dormir. A las 12:34 de la mañana fue abruptamente despertado por un grupo de policías que lo arrestaron y acusaron de asesinato masivo.

—Confiese señor, la evidencia es contundente, hemos encontrado en su restaurante los 22 cadáveres apilados uno sobre otro en la nevera. En la basura de la cocina se encontraba un contenedor con restos de cianuro en él, y por si fuera poco, el recibo de compra del mismo, firmado con su nombre, de su puño y letra—le gritó el policía a Pierre, quien se encontraba esposado a una silla de la sala de interrogación

#48 de la estación de policía de la RueNoir.

—Señor policía, usted no lo entiende, es que tuve que hacerlo, me amenazaron —Le respondió Pierre entre súplicas.

—¿Me quiere decir usted que alguien lo obligó a cometer el crimen?—le preguntó el policía, a lo que Pierre respondió:

—No señor, pero fue en defensa propia. No se imagina lo que he vivido en este último mes. He sido acechado, perseguido e intimidado por un asesino en serie, que me manda todos los jueves y domingos en la mañana cartas donde me amenaza y me hace entender que me vigila constantemente.

El policía con expresión de sorpresa le preguntó:

—¿Y quién es exactamente este asesino en serie? ¿Y por qué se fija tan especialmente en usted?

—No sé quién es, todas las cartas son anónimas pero siempre tienen la misma letra y siempre el mismo tipo de amenazas; el hombre, o quien sea que escriba las cartas, me dice siempre lo que he hecho en esos días de espera entre carta y carta con lujo de detalles para hacerme entender que nunca deja de observarme. Y luego amenaza con asesinarme de las formas más horribles que existen; en su última carta me dijo que iría el viernes a las siete a mi restaurante, pues lo divertía ver lo asustado que estoy ahora mientras trabajo y que me iba a estar observando mientras lo buscaba entre la multitud. Después de esto me di cuenta de que tenía que hacer algo para detenerlo; al no saber quién era, decidí asesinar a todos mis clientes, no tuve

remedio- respondió Pierre.

Ante esto el policía le preguntó:

—¿Y por qué asesinó a sus meseros?— Pierre le dijo:

—Ellos están conmigo la mayor parte del día y por tanto eran sospechosos, no podía tomar el riesgo.

El policía empezó a dar vueltas alrededor de la mesa en actitud reflexiva, luego dijo:

—Mire señor, como yo lo veo, usted asesinó a 22 personas inocentes, y a menos que tenga evidencia sobre la existencia del susodicho asesino que lo está acechando, no veo que tenga ningún escape y será efectivamente condenado a cadena perpetua —Pierre pasó saliva y dijo entre sollozos:

—Tiene que entenderme, actué por miedo y en defensa. Y puedo probar todo lo que le he contado, he guardado todas las cartas que él me ha escrito en el segundo cajón de la mesita de noche que está al lado izquierdo de mi cama. Vaya a mi casa y las encontrará. Por favor señor, ayúdeme.

Inmediatamente el policía se retiró de la sala de interrogación y dejando a Pierre a cargo de un colega, se dirigió con otro compañero a su casa. Al llegar encontró la casa de alguien que estaba claramente perturbado y espantado, había instalado tres sistemas de seguridad diferentes, que constaban de sensores de movimiento, calor y sonido, todas las cortinas estaban cerradas y las ventanas bloqueadas con tablones de madera y su puerta tenía en total ocho cerraduras y cuatro pasadores. Tal y como Pierre dijo, en su mesa de noche se encontraban en siete cartas donde se contemplaban aproximada-

mente 31 formas de tortura diferentes, de las cuales 27 conllevaban una fatal y trágica muerte. Pero un pequeño detalle llamó la atención de los policías: al comparar la letra del recibo de compra del cianuro que efectuó Pierre y la letra de todas las cartas, se dieron cuenta de que eran exactamente iguales.

Consternados por el inesperado descubrimiento, los policías decidieron cuestionar a su vecina, la señora Edith, sobre los hábitos del chef Pierre, específicamente cuándo y de qué manera recibía su correspondencia. Ante la pregunta, la señora Edith declaró:

—Hace un tiempo he notado que el señor Pierre ha tenido un cambio en su personalidad, ha ido retrayéndose hasta casi parecer un ermitaño y lo más alarmante de todo es que todos los jueves y domingos alrededor de las 5 de la mañana sale a su portón y deposita en su propio buzón una carta de extraño aspecto. Luego, sin falta a las 7:15, sale de nuevo a su portón, saca la carta y, al verla, hace una expresión de horror que me deja desconcertada. Los policías se miraron el uno al otro, como quien acaba de descubrir una verdad escabrosa que no se esperaban. El policía encargado del caso inmediatamente llamó al fiscal y a su colega que custodiaba a Pierre, en cuestión de minutos estaba muy claro qué dirección iba a tomar este caso.

El diagnóstico del psiquiatra fue el siguiente: “El paciente Pierre de la Court, quien fue detenido por las autoridades en la noche del viernes 19 de Septiembre del presente año 2008, sufre de un caso extremo de esquizofrenia, que se presenta en

delirios de persecución y paranoia que lo llevaron a asesinar a 22 personas inocentes envenenándolos simultáneamente con cianuro y luego a ocultar los cadáveres en la nevera de su restaurante. El paciente continúa convencido que era acechado por un asesino en serie que amenazaba con matarlo, por esto afirma que su crimen fue en defensa propia y no muestra ningún signo de arrepentimiento”.

Actualmente Pierre se encuentra en el Hospital de la Salud Mental para Asesinos Peligrosos y deberá permanecer ahí hasta una nueva orden de la Corte.

Delirio Parisino

Por Jorge PiraguaForero (1995)
Colegio Santo Tomás de Aquino

Me despierto y el detestable sabor a vómito y alcohol invade mi boca. Me encuentro recostado en mi cama cual cadáver inmundo, inmóvil, inerte. Son las 11 de la mañana y el recuerdo de las tareas de hoy está presente en mi mente, recordándome todo lo que debo hacer en mi ajetreado día, y no negaré que tengo en consideración la idea de entregarme a la mundana holgazanería característica en mí, pero hoy no será así. El día será largo, por lo tanto calculo que un desayuno a base de café, pan y cigarrillos bastará, y aunque deseo más, la vida de un universitario francés no otorga muchas comodidades.

Al salir de mi apartamento excesivamente diminuto, procedo a tomar mi bicicleta y dirigirme al café Le Dragón Rouge a encontrarme con mi amigo Félix Moreau, un simpático y arrogante tipo el cual conozco hace 7 años. En el café pedimos dos capuchinos y desarrollamos nuestra interesante charla acerca de la fiesta de la noche pasada, temas de la universidad y, al caer en ideas menos usuales, en nosotros, la conversación toma un carácter deportivo. Luego de mi entretenida charla con Félix, quise tomar el aspecto romántico de mi vida, por eso mi bicicleta no tuvo más opción que transportarme al hogar de mi amada musa, Jacqueline Blanc, de

quien no tenía noticia desde hace dos días.

Jacqueline me recibió en su casa, eran alrededor de las 3 de la tarde y nos entregamos a la juvenil pasión del amor, pero fue efímero para mí. Tal visita no era simplemente un encuentro amoroso inocente, lo que necesitaba era tomar prestado su computador portátil, esencial para mi trabajo universitario acerca de un estudio demográfico, labor que ha estado destrozando mis neuronas y nervios como un químico mortal.

Al salir del apartamento de Jacqueline escuché a alguien gritando Jean-Claude, mis oídos vibraron al oír el resonar de mi nombre. Giré intempestivamente para encontrarme con mi tía Lucile, con su característico e inconfundible cabello corto, negro y liso, con su figura no tan perfecta pero no terrible, la cual no había visto en meses. Lucile siempre ha sido una persona a la cual le he tenido mucho afecto, soltera y vivaz ha disfrutado los placeres de la vida sin negarse a alguno por trivialidades, me ha ayudado innumerables veces mientras llevo mis estudios en París, lejos de mis padres. La considero una segunda madre de la cual por desgracia me he distanciado los últimos meses.

Lucile, muy amablemente, me invitó a almorzar, pero un remordimiento me invadía la cabeza por no haber mantenido un contacto decente con ella, a pesar de eso mi necesidad por alimento no me dejó retractarme de tal gesto de consideración. Luego de un delicioso y modesto almuerzo, una charla y abrazos, me despedí de Lucile con la promesa de que la visita-

ría más a menudo, pero pobre tonto de mí, sabía que tal juramento me quedará difícil de cumplir, pero aún así me propuse hacer mi esfuerzo para lograrlo.

Eran las 6 de la tarde y mi trabajo fue fructífero, en señal de recompensa fumo un cigarrillo en el balcón de mi apartamento, un lujo que no encaja con el resto del destartalado lugar. La nicotina en mi sangre concentra mis sentidos al trabajo, logrando que avance lo planeado. Para cuando eran las 10 de la noche había terminado mi progreso diario. Justo como una casualidad un poco más que divina, al terminar mi cometido recibí una llamada de Félix, su emocionado tono de voz no indicó más que me haría una invitación a alguna actividad nocturna, lo cual fue evidente al transcurrir la llamada. Me encontraba de buen humor por lo que no me negué, además Jacqueline estaría y para mí es suficiente razón. Tomé mi abrigo y entré a la intemperie nocturna de la bellísima ciudad francesa.

Me encontré con Jacqueline y Félix en las riberas del Río Sena, tomamos el metro y entramos a un vecindario de clase media. Ingresamos a un lugar que la forma más fácil de describirlo sería como una enorme caja negra con una diminuta puerta como entrada. Desde la entrada se podía ver unas luces estrambóticas y de colores vivos salir disparadas a través de ella, una fila enorme con las más diversas clases de personas se organizaba para pasar por el juicio del enorme “gorila de seguridad” el cual decide quién entra y quién no.

Nos formamos en la línea que parecía no tener

fin y no progresar, pero para sorpresa nuestra, avanzó a un ritmo rápido y frenético. Al encontrarnos cara a cara con el “gorila” un escalofrío recorrió mi espalda, al considerar la posibilidad de que tal hombre podría fácilmente noquearme si así lo quisiera. El guardia solicitó nuestros documentos con una voz tan grave que quedaba en claro el estereotipo de matón de los “gorilas de seguridad”. Luego de permitirnos el paso, entramos a un universo totalmente distinto, la neblina artificial, las luces, el aroma a alcohol y sudor por el desquiciado baile al ritmo electrónico de Daft Punk u otro artista de House o música electrónica. Era una atmósfera de sólo querer abandonar toda voluntad de llevar una vida cuadrículada y entrar a tal frenesí.

Después de ocho cervezas y varios tragos exóticos el baile se tornó interminable pero no tedioso, Jacqueline mostraba su entusiasmo mientras Félix su camaradería con extraños. De por sí, la noche no era ya bastante festiva, Félix nos ofreció una considerable dosis de LSD, que como si se tratara de una simple vitamina de rutina, ingerimos con apuro sin perder el ritmo del baile. Tardó cierto tiempo para que el estómago digiriera los químicos y actuaran, pero la espera pareció corta con la cantidad de emoción que sentíamos. Empecé a percibir colores volando por doquier, mi conciencia sabía que la droga ya empezaba a hacer efecto, podía ver cómo todos bailaban, chocaban, cómo sus colores se mezclaban, podía saborear el olor del aire. Miles de sensaciones recorrían no sólo mi cuerpo sino los de Félix y Jacqueline también.

Despierto recobrando la conciencia que no poseía horas atrás. Mis desorientados ojos todavía no se acostumbran para distinguir dónde me encuentro o con quién o si es de día o de noche. Los efectos del ácido han pasado relativamente, pero el alcohol sigue actuando, por lo tanto mis reflejos eran pobres y lentos. Cuando por fin alcanzo a entender lo que veo me encuentro solo, ni Félix ni Jacqueline están conmigo y al examinarme veo que mi ropa está sucia, con tierra, siento dolor en mi cara y estómago, veo que me golpearon. Me encuentro en un pequeño pueblo, son alrededor de las 4 de la mañana y el sol aún no se asoma. Me levanto del prado donde estaba recostado y, manteniendo la calma, le pregunto a un granjero que estaba realizando las tareas matutinas, ¿dónde me encuentro?, me informa que en un poblado cerca a París, una tranquilidad para mí. Reviso mis pertenencias y sólo hallo que he perdido 30 euros, una cifra baja tomando en cuenta que mi integridad física se encuentra sana. Tomo un bus y me dirijo a mi apartamento para tomar una siesta luego del vacío mental con sabor a licor y narcótico de anoche.

Mis ojos se abren apresuradamente y me levanto de mi cama, mi respiración rápida es el resultado de una pesadilla que me atormentó y en la cual perdía a Jacqueline. Tal horrible sueño me lleva a buscar mi celular y a llamarla apresuradamente para enterarme de su paradero. Contesta ella con una voz de resaca, es un gran alivio para mí. Pregunto, ¿qué había sucedido?, porque claramente tengo una inmensa laguna mental en lugar de un recuerdo claro.

Jacqueline me responde que sus recuerdos también eran borrosos, pero recuerda claramente que dos hombres fornidos de unos 40 años nos tomaron y nos llevaron a los dos a su auto.

Félix logró huir, no lo trataré de traicionero porque hizo lo más acertado. Jacqueline prosigue con la narración pero con la advertencia de que sus recuerdos se volvían más borrosos a medida que se adentraba en su memoria. Luego de que nos hubieran abordado, su objetivo era claro, buscar dinero que no poseíamos en gran cantidad. Generalmente adolescentes burgueses con familias adineradas salen de tal bar ebrios hasta más no poder, ellos son los objetivos de los delincuentes, no universitarios con modestos ingresos.

Jacqueline refresca mi memoria y recuerdo que ella logró salir del auto en movimiento antes que saliera de París. Afortunadamente, sólo recibió rasguños ligeramente profundos por el impacto contra el pavimento. Pero por desgracia fui objetivo de una golpiza y ser arrojado en el pequeño poblado. Considero que tuvieron piedad al no haberme matado.

Al hablar con Jacqueline sólo se calma mi preocupación por ella pero no sé nada de Félix. Lo llamo a su teléfono celular pero no recibo respuesta alguna, ni siquiera el tono de marcado suena, siento una profunda desolación, me visto y acudo a la casa de sus padres donde vivía. Al timbrar en su casa su hermana abre la puerta, rompe en llanto y una horrible sensación de terror se apodera de mí, Félix había sido atropellado esa noche luego de tratar de huir de los matones. Su hermana me dice que estaba en el hos-

pital Saint-Vincent. Como si fuera un condenado, corro al hospital y llego a su habitación. Ver a mi amigo en tal estado destroza mi interior, Félix había caído en coma y su estado era crítico e indefinido.

Han pasado 4 meses desde que Félix sufrió tal accidente, cada cuanto voy con Jacqueline a visitarlo, pero parece que nada podrá despertarlo de ese sueño, su deplorable estado sólo me hace pensar que ha sufrido mucho. Con mi bajo estado de ánimo, tomo un almuerzo con Lucile. A diferencia del anterior, éste lo pago yo. Hablamos bastante, fue justo en ese momento cuando recibo una llamada de la hermana de Félix, una llamada que nunca deseé recibir.

LA TIERRA

Por Estefany Daniella Díaz Cely (1996)
Colegio Calasanz Bogotá

Me maravillaba con cada elemento que mi compañero iba colocando en esa gran esfera. Cada detalle era colocado en fila, cada botella de líquido transparente se distribuía de la mejor manera y cada sonrisa que Él me entregaba era el mejor regalo que cualquiera pudiera obtener.

El lunes fue un día eterno. El horario del colegio se extendió 2 horas y media, por lo que mi materia menos preferida, OVNI Construcción, pasó a ser de 4 a 6 horas. No tuvimos Vuelo en A y nos quitaron 30 minutos del último descanso.

Tuve que salir corriendo a mi casa, ya que cualquier OVNI podía caerme encima, (En mi ciudad, éstos podían aterrizar donde quisieran) Y con la suerte que yo tenía, sería más fácil que eso pasara.

Llegué a mi casa y mamá me esperaba con las onces: galletas de chocolate con dos vasos de leche. Tomé y comí despacio, esperando a que las tareas me llamaran... Ninguna de ellas lo hizo, así que yo decidí ir por ellas.

Abrí mi maleta y de ella saqué todos los libros, excepto el de OVNI Construcción, aborrecía tanto esta materia que, por el solo hecho de ver el libro, le reprochaba a mamá que en vez de comprarme ese manojito de hojas, hubiera sido preferi-

ble que me diera el dinero para gastármelo en mi colección OVNI-Boeing.

—Lino, amor, muéstrame de qué tienes tarea.

Le pasé 3 libros e hice además de recostarme en la maleta para que ella no viera el de OVNI Construcción.

—Éstas puedes hacerlas después, pero ahora tienes que hacer otra tarea.

—Está bien, voy a lavar la loza.

—No señor, harás la tarea del libro que está en tu maleta.

Nunca he podido comprender ese instinto que todas las madres tienen. En algunas ocasiones le daba gracias a Dios por eso, como la vez en que me caí del columpio en el parque de la vecina y ella fue corriendo hacia mí, argumentando que había sentido un vuelco en el corazón. Pero otras veces no, y ésta era una de ellas.

Abrí el libro de mi gran tarea en la página 153, leí su enunciado y, por primera vez en mi vida, sentí que valía la pena realizar una tarea para esa clase.

En compañía de un adulto, salga a un campo descubierta con lápiz y libreta en mano, para anotar las distintas características que poseen los OVNI.

Salí solo, ya que mi madre me había dicho que ella se quedaría arreglando la sala, porque esa noche llegaban mis tíos de Ovmelandia.

Ya en el potrero que se encontraba detrás de mi casa, veía a los OVNI pasar, cada uno de distinto color, de distinta forma... Por primera vez en mucho tiempo, no me dio miedo que me cayera uno encima.

Empecé a escribir y en menos de 15 minutos, ya

tenía 5 hojas llenas de descripciones. La vida arriba era mucho más bonita que abajo...

Terminé de anotar y decidí dar un paseo para ver más de esos elementos voladores. Había unos en forma de huevo, otros en forma de caja, de esfera, etc., los más baratos, sabía, eran los que tenían forma de romboide. Al estar casi en la mitad del terreno sentí una ráfaga recorriendo mi espalda y fue en contados segundos cuando me vi desplomado en el suelo. Un OVNI me había caído encima... Nadie sobrevivía a tal impacto.

A lo lejos oía a mi madre llorar, a mis tíos recién llegados gritar y a una multitud de gente hablando en un idioma que me parecía haber hablado alguna vez. Ese es mi último recuerdo de mi vida en Ovimlandia.

—Estarás bien.

Traté de abrir los ojos pero una luz blanca me ceguecía, sólo hasta el tercer día pude lograr ver el lugar donde me encontraba.

¿Cómo describirlo?, más bonito de lo que se dice, igual de cálido al abrazo de una madre y con el Ser Omnipotente que me creó: Dios.

—Ayúdame a colocar este pedazo de algodón en esta parte.

—¿Acá queda bien?, mejor lo dejo a este lado.

Junto a Él, yo dudaba de mis capacidades.

Estábamos en la construcción de un nuevo mundo, al que Él todavía no le había puesto nombre, pero yo suponía que iba a ser algo como “Superlandia” o “Hermosalandia”.

—El algodón será la nube, el agua será la lluvia, será el alimento vital y el líquido que no faltará en casa.

—¡Pero ese lugar tiene las mismas cosas que mi ciudad! —Lino, no te adelantes.

El nuevo mundo estuvo construido a los 270 días, Dios casi no dormía y tomaba mucho café cuando sentía que sus ojos se caían. Yo mientras tanto me ocupaba de los arreglos del clima y las estaciones. Cuando estuvo poblado el lugar, Dios decidió llamarlo Tierra, territorio igual al de Ovimlandia pero con una excepción: Los OVNI no volverían a pasar por allí en un 94% y, por lo tanto, nadie moriría a causa de una caída de ellos... El 3 de Abril vi a uno de ellos en Australia, noté cómo la gente se asustaba y debo confesar que me reí demasiado, traté de saludar a los tripulantes de la nave, pero recordé que nadie me veía porque estaba en el cielo... Y eso, eso era mejor que cualquier cosa.

Yacoruna y la Anaconda

Por Bibiana Carolina Castillo Mariño (1993)
Colegio de la Presentación Sans Façon

En la tribu de los Yaguas, el Chamán era quien velaba por el bienestar de la comunidad, cazaba para alimentarlos y podía comunicarse con los dioses y animales, los cuales le daban consejos para ser cada vez más sabio.

Una mañana, el Chamán murió. La tribu estaba muy preocupada pues no tenía cómo alimentarse y hacer que todos sobrevivieran.

Era época de sequía, la gente de la tribu se enfermó por pestes que sacudieron la comunidad, los ancianos morían, los cultivos no crecían, los niños lloraban, no sabían qué hacer hasta que el que servía al Chamán reunió a todos los jóvenes y les dijo — entre ustedes está el próximo chamán de la tribu, el que nos salve, lo será. El que consiga la anaconda más grande de todas, traiga su piel café con manchas negras, será el próximo chamán. Necesitamos tener comida por un largo tiempo, por eso su misión es conseguir la anaconda más grande de aquí—.

Un joven llamado Yacoruna preguntó—¿El que consiga la anaconda más grande pero no pueda comunicarse con los dioses y animales, podrá ser el Chamán?—.Y el siervo le contestó—No importa, será aquél que nos salve de la situación por la que estamos pasando—.

La siguiente mañana, los jóvenes salieron temprano a cazar. En el atardecer todos llegaron con algo, menos Yacoruna, quien recibía regaños y rechazos por parte de la tribu. El siervo al ver que llegaron todos, los reunió y les dijo—Hasta el momento ninguno de ustedes puede ser el Chamán, pues ninguna anaconda que han traído es la más grande con piel café y manchas negras—.

Yacoruna luchaba y no se cansaba de seguir buscando. Se levantaba temprano y se iba a cazar, caminaba horas buscando la anaconda, aguantando hambre y sed. Llegaba a su hogar a altas horas de la noche y lo único que recibía era rechazos por no llegar con nada, mientras sus otros compañeros llegaban con algo.

Al díasiguiente, cansado se levantó y se fue en busca de la anaconda que lo llevaría a ser lo que él quería, el Chamán de la tribu. Caminando por el río que quedaba a una hora del lugar en donde estaban todos, se tropezó y cayó en un hueco. Allí vio que se acercaba algo y se dio cuenta de que era la anaconda que él estaba buscando. Al verla se levantó y empezó a atacarla hasta que ésta le empezó a hablar. Yacoruna pensó que se había vuelto loco a causa del golpe que había recibido cuando cayó dentro del hueco.

La anaconda le preguntó—¿Por qué quieres matarme? —, Yacoruna le contestó—Mi tribu está pasando por una situación muy grave, si te mato y te llevo, podré salvarlos y llegar a ser el Chamán—.La anaconda le dijo —No debes matarme, yo te voy a ayudar a que tu tribu se recupere, pertenezco a la

naturaleza y yo más que nadie sé cómo funciona, por eso no debes atentar contra ella—.

La anaconda lo llevó a un lugar donde se encontraban los frutos y todo tipo de alimentos que ayudarían a que la tribu se recuperara y sobreviviera. Le dijo —Estos alimentos sanarán las enfermedades, los ancianos dejarán de morir, los niños de llorar—. El joven entusiasmado, recogió lo que más pudo y le agradeció a la anaconda. Luego, lo llevó a un lugar donde haría que Yacoruna se comunicara con los dioses para que se acabara la sequía, para que la tierra se dejara trabajar y, así, poder cultivar. Yacoruna habló con ellos, estaba muy sorprendido porque no sabía que podía comunicarse con los dioses y animales.

Los dioses le dijeron —Yacoruna, has sido un joven que verdaderamente ha luchado por salvar tu tribu, por eso te vamos a ayudar para que llegues a ser el Chamán—. Yacoruna no sabía cómo agradecerle a los dioses y a la anaconda por lo que habían hecho y les dijo —Muchas gracias, no sé cómo recompensar lo que han hecho por mí—. Los dioses y la anaconda le respondieron —Serás recompensado si cuidas a la tribu—. El joven les dijo que se iba a hacer cargo de ella hasta que muriera.

Yacoruna volvió al lugar donde vivía muy contento y le comentó a todos lo sucedido. Mucha gente no se había dado cuenta de lo que Yacoruna tuvo que sufrir y hacer para lograr lo que quería.

Al ver todo lo que llevó Yacoruna, todos quedaron sorprendidos. Al siguiente día, Yacoruna fue nombrado el nuevo Chamán de la tribu. Desde

ahí, los cultivos volvieron a dar frutos, volvió a llover, se sanaron las pestes, los niños fueron felices y todos tuvieron más tiempo de vida. Desde que fue nombrado El Chamán, Yacoruna se comunica con los dioses y la anaconda para que lo llenen de sabiduría y vele por el bienestar de todos los que pertenecen a su tribu.

Atardecer otoñal

Por Alejandro Higuera Sotomayor (1996)
Colegio Calasanz de Bogotá

Los pájaros negros volaban en lo profundo del cielo azul. El sol en el poniente anunciaba su descenso y teñía las pocas nubes de colores pasteles, sin mutar el azul del cielo.

El árbol centenario se balanceaba con suavidad ante el viento imponente que subía la montaña en la que estaba posado. Las hojas se desprendían y se iban con las corrientes de aire tibio. El verde de las hojas había desaparecido y tal vez por eso volaban lejos como manchas naranjas. Las raíces del árbol eran gruesas y, en cierto modo, acogedoras. El joven llevaba sentado ahí mucho tiempo y no mostraba signos de vida, pero tampoco parecía muerto. La mirada ausente sólo podía significar algo: pensaba, pensaba quizás en algo que sólo él entendía.

Unos ojos extrañamente cafés se posaron en el muchacho y lo observaron por largo rato: los ojos del joven se encontraron con los de la muchacha. No le sorprendió su piel blanca casi transparente, ni esos extraños ojos cafés, ni ese vestido que parecía haber sido tejido a mano, ni el lazo rojo que llevaba en el cabello. La mente no dejó de trabajar, intentaba recordar dónde había visto una cara más hermosa, pero no lograba descifrarlo.

—¿Te conozco?— dijo después de rendirse al sa-

ber que jamás encontraría la respuesta.

—No lo sé, ¿me conoces?

—Tal vez no.

—Vaya, qué triste destino —dijo la muchacha acomodándose el pelo en un solo hombro y bajando la mirada.

—Me llamo Tom —dijo extendiendo la mano.

—En mi casa me llaman Charlotte, pero ya debo irme, no debo hablar con extraños.

—¿A qué has venido si no puedes hablarme?

—No lo sé, nadie sabe cómo el destino juega sus fichas, me pareciste curioso, quise venir a ver quién eras, pero bueno, ya debo irme —la chica alzó la mirada, lo determinó por unos minutos y corrió montaña abajo, desapareciendo entre los frondosos árboles que se juntaban alrededor.

El muchacho se paró y la siguió hasta la falda de la montaña, cuando vio que era imposible alcanzarla le gritó:

—¿Volveré a verte?

—Tal vez...

La noche llegó casi de repente, los pájaros se posaron en las ramas para dormir, el cielo se hizo estrellado y en la oscuridad miles de insectos luminosos y ruidosos hacían de la noche una orquesta. La luna iluminó con su luz plateada cada rincón del frondoso bosque, el viento dejó súbitamente de soplar y las manchas naranjas de caer.

El joven no cerró los ojos aquella noche, aún tenía el olor del roble en la nariz y no podía olvidar la cara de esa niña de labios rojos y ojos cafés. Pensó en ella, en

la chica que conoció aquella tarde, pensó en ella y se ilusionó en la oscuridad que le confería su habitación.

Se sintió como nunca antes, los pensamientos le rondaban por la cabeza. Empezó a sentir que algo se movía rápido en su estómago, un millón de aleteos simultáneos, aleteos internos que no parecían molestarle, aleteos que le comían el alma, que le enceguecían, que lo torturaban de una forma placentera.

Quizá ése era el amor del que habían hablado en el colegio con sus amigos. Se sentó en su cama, abrió la ventana y miró.

El cielo estrellado le produjo la tranquilidad para pensar una vez más en lo que le pasaba, ¿qué era eso en su estómago?, ¿estaba enamorado?, ¿podía alguien enamorarse de una mujer desconocida?

La luna ocupaba la mitad del cielo, la muchacha, su mente.

¿Volvería a verla?...

¿Qué haría si no la volviera a ver?

Los pájaros negros volaban en lo profundo del cielo azul, el sol en el poniente anunciaba su descenso, teñía las pocas nubes de colores pasteles, sin mutar el azul del cielo.

Los atardeceres en los inicios del otoño son tan parecidos, los pájaros actúan igual, los colores no cambian, los árboles no dejan de soltar manchas naranjas al viento.

Estaba sentado ahí en medio de las raíces espe-

rando ver de nuevo la sonrisa luminosa, los ojos ocreos o los labios brillantes, esperaba encontrarse de repente con la muchacha.

El sol casi desapareció cuando los ruidos de la noche en secreto susurraron una voz.

—¿Eres tú, Tom?

—¿Charlotte?

—¡Tom! —dijo con voz emocionada ven aquí, en el bosque. Tom bajó la mirada hasta toparse con esos ojos en medio de la vegetación, reconoció la voz y la sonrisa pícaro de la muchacha que vestía el mismo atuendo del día anterior.

Bajó corriendo la montaña y se sintió aliviado de que las mariposas empezaran de nuevo a moverse en su estómago. La noche se sumergía en un profundo silencio cuando la chica lo agarró de la mano. Su mano estaba fría como un hielo o tal vez más, y lo llevó a través del bosque. En un claro la muchacha se detuvo.

—No te conozco lo suficiente, Tom, pero creo que te amo. No puedo dejar de sentir estas cosas en el estómago que me hacen cosquillas, quiero besarte Tom, quiero llevarte a ese mundo en el que podamos ser el uno para el otro...

—¿Un mundo?

—Algo que entenderás si tú me quieres a mí también.

—Yo no sé qué es lo que siento, cuando te pienso siento aleteos en mí —la chica lo agarró de la cara y lo besó interrumpiendo sus palabras.

Por un segundo las cosas ya no importaron en su cabeza, de repente los pensamientos no tenían sen-

tido, el beso había calmado los aleteos, era algo que había soñado despierto, la textura de los labios finos de la muchacha. Se sentía lleno de vitalidad, su corazón latió más rápido y los rayos lunares entraron en el claro para volver todo de color plateado.

Latía mucho más rápido, intentaba terminar el beso, mas algo lo detenía, ya no se sentía en su cuerpo, intentó separarse, gritar, hablar, pero nada servía.

—¿Te ha gustado? —dijo la chica abriendo los ojos de nuevo.

«Sí, ¿qué ha pasado?»

—¿Tom? —la cara de terror de Charlotte lo estremeció también, el plateado del paisaje ya no parecía tan mágico, era frío y aterrador.

«Aquí estoy, Charlotte, ¿no me escuchas?»

—¡Tom despierta! —los ojos de la chica se llenaron de gotas de agua salada que empezaron a caer precipitadamente por sus mejillas hasta el suelo. La joven soltó el cuerpo de Tom y éste se desplomó en el suelo como una roca; la chica se arrodilló junto al cuerpo y lloró sobre su pecho, untándolo de gotas de agua salada.

Tom apenas pudo entender lo que sucedía... Estaba muerto...

—Iré al árbol todos los días, Tom, pero no te vayas.

Era demasiado tarde, el cielo empezaba a cerrarse, acomodó su falda y se sentó a esperar en la mitad de dos grandes raíces. Tal vez ella no tenía nada más que

hacer, se sentó y miró de nuevo el atardecer.

Los ojos grises de un chico la miraron por un rato, sus rostros se encontraron por varios minutos. Los ojos del joven se encontraron con los de la muchacha. No le sorprendió su piel blanca casi transparente, ni esos extraños ojos grises. La mente no dejó de trabajar, intentaba recordar dónde había visto una cara más hermosa, pero no lograba descifrarlo.

—¿Te conozco? —dijo después de rendirse al saber que jamás encontraría la respuesta de dónde la conocía.

—No lo sé, ¿me conoces...?

—Tal vez no... —la chica sonrió, mirándolo a los ojos.

Ese sujeto

Por Daniel Esteban Sánchez Farfán (1995)
Colegio Santo Tomás de Aquino

No todos los días encontraba yo un sujeto tan peculiar y extravagante como él. Era un sujeto tan impredecible y curioso que creí que no lograría llegar a entenderlo y conocerlo a fondo; parecía que todo lo que hacía sería diferente a cada segundo, un día pensaba algo y al otro era diferente. Sin embargo, todos sus pensamientos se conectaban entre sí, era algo difícil de comprender.

Nunca conocí su nombre, lo único que me dijo sobre eso es que lo llamara como quisiera, dijo que no era importante, al principio pensé que de pronto tendría uno de esos nombres rebuscados y feos y que le daría pena decírmelo, pero no bastó mucho tiempo para darme cuenta de que para él eso era irrelevante, incluso nunca se tomó la molestia de preguntarme el mío. En algún momento se lo dije, pero no lo tomó en cuenta, me llamaba como quería, como se le venía a la mente, a veces Carlos, a veces Antonio, a veces ni eran nombres. Solía usar los nombres de las cosas, como si fueran apodos, al principio era extraño, pero me acostumbré. Lo conocí en uno en uno de los momentos más ebrios en los que he estado, incluso sólo tengo vagos recuerdos de ese día, pero por esos vagos recuerdos fue que me intrigué a conocerlo. Fue algo curioso,

yo estaba sentado en un andén junto a una de mis mejores amigas, ella estaba desesperada por mi borrachera, a punto de abandonarme ahí, estaba desesperada, de su boca sólo salían groserías, incluso lo llegué a disfrutar, llegó a ser bastante gracioso. Pero bueno, no es lo importante ahora, el caso es que ella se desesperó y decidió irse, no le importó mi estado ni dónde me encontraba.

Cuando me di cuenta de que ella ya no estaba, ni siquiera era consciente de dónde me encontraba, no recuerdo muy bien ese momento, cerré los ojos, y cuando los volví a abrir, me encontraba en una banca, una banca helada en la calle, y estaba con ese sujeto, no me preguntaba sobre cómo me encontraba o dónde vivía, él sólo se fumaba un par de cigarrillos. Cerré los ojos una vez más y cuando los abrí, estábamos en un bus y no sé cómo carajos llegamos al tema de lo que hacíamos. No recuerdo lo que él dijo, sólo recuerdo que le dije que estudiaba y no sé si le di más detalles de eso; no tengo ni la menor idea de lo que él dijo.

Una vez más cerré los ojos y cuando los abrí ya estaba mucho mejor, eran tal vez las 2 ó 3 de la mañana y estábamos en frente de las rejas de mi casa, en ese momento él dijo entre leves risas “Ya era hora hermano, llevamos como una hora aquí sentados”, y le pregunté que quién era él y por qué estaba ahí, sentí mucha desconfianza y miedo, supe que era un ladrón, violador o algo por el estilo. Afortunadamente no lo era o al menos no lo noté; justo después de mis preguntas, fue cuando respon-

dió lo del nombre, sólo respondí con un “Ok”. Me contó cómo llegamos ahí y me contó que habíamos hablado un poco de nuestras vidas, cosas normales, noté que su forma de vestir era algo anticuada y tenía un léxico muy amplio y con palabras muy inusuales. Pensaba en que ojalá algún día adquiriera tan buen léxico. Sorprendentemente duramos hablando hasta las 5 y 40 de la mañana; unos cuantos cigarros y demasiados temas interesantes de qué hablar. Me dio su número de celular, y quedamos en tomarnos unas cervezas. Entré a mi casa, y me acosté a dormir, ni siquiera me quité la ropa, apenas podía caminar, las náuseas me quitaban el sueño, y la intrigante personalidad de ese sujeto me llevaba a creer muchas cosas, a suponer algunas idioteces, pero nada concreto.

Unos días después decidí llamarlo, le recordé quién era y decidimos ir a un pequeño bar a tomarnos unas cervezas. Así fue, unas cuantas veces, me realicé[deleité con] de su variedad de pensamientos opuestos pero interconectados, de su peculiar personalidad, y aprendía cada vez un poco más de él, aprendía a ver el mundo de manera diferente. Creo que ese sujeto fue una conexión sorprendente con la que abrí mi mente a sus pensamientos. A veces pensaba que llegaba a ser como él, pero al mismo tiempo pensaba que nunca lo lograría, sin embargo eso no importaba, sólo me interesaba por aprender de él, de adquirir su criterio. El último día que recuerdo haberlo visto, estábamos teniendo una conversación sobre mujeres, hablaba de lo complicadas y extrañas

que podían llegar a ser, me contó sobre uno de sus amores, tal vez el único que tuvo. Hablaba de una mujer parecida pero diferente a él, según sus descripciones era casi tan inteligente como él, pero tenían una percepción del mundo totalmente distinta. Como no quiso hablar mucho de ella, supuse que fue importante y aún lo era en ese momento, y prefería no llevar esos recuerdos a su mente. No insistí en el tema y pasamos a otro, ni siquiera lo recuerdo.

Después, entre muchas palabras y a diferencia del primer día, me di cuenta de que entendía todas lo que decía a la perfección, entendía sus palabras y las relacionaba con sus pensamientos, y, de algún modo, los sentía también míos. Ese día, sentí que lograba algo, sentí que me llegaba a acercar a su inteligencia, a su superioridad intelectual, pero de un momento a otro cerré los ojos.

Pasaron unos segundos, mi cabeza empezó a dar vueltas, los abrí y ahí estaba, sentado en el andén, junto a mi amiga, ebrio, nauseabundo, esperando a estar sentado en una banca helada con un sujeto desconocido, o en un bus hablando de mis quehaceres con ese sujeto, o tomando unas cervezas con ese sujeto, o hablando de mujeres con ese sujeto.

El dinosaurio azul

Por Juan Felipe Velásquez Trujillo (1995)
Colegio Santo Tomás de Aquino

1 de septiembre de 1939. Comienza la operación “Blitzkrieg” de la Alemania Nazi para tomar el poder político y geográfico de Polonia. Yo solía tener 10 años para esa época, vivía en Lubuskie, un pueblo al oeste de Polonia. Era sólo un niño y no entendía por qué los militares, a los cuales yo admiraba pues mi papá era uno, entraban a las casas de mis vecinos, los sacaban y después, sin razón alguna, le prendían fuego a las hermosas casas de mi pueblo. Desde la ventana de mi cuarto, apoyándome en mi banquito de cuero, podía ver el sufrimiento de la gente; el día tomó un tono rojo, lo único que se veía al horizonte era fuego.

Ese momento es el peor que he tenido que vivir, ver cómo los soldados alemanes se dirigían a mi casa. En ese momento salí corriendo a avisarle a mi mamá y a mi hermana pero antes de que pudiera poner un paso afuera de mi habitación, mi mamá ya estaba en la puerta, y lo único que me dijo fue, “hijo mío, alguna vez me contaste que debajo de tu cama había una puerta a otras épocas; ve, búscame un dinosaurio, no salgas si no traes un dinosaurio azul para mí”. Fue cuestión de segundos, después de un abrazo de mamá, para que yo ya estuviera preparando todo para viajar. Ya tenía todo listo para cazar

un dinosaurio, mi red y una trampa para ratones; sí, una trampa para ratones, mi mamá no especificó el tamaño del dinosaurio así que decidí no ser ambicioso.

Escuché cómo los soldados abrieron la puerta de mi casa, yo cerré la de mi habitación, le puse llave y, de un bote, quedé debajo de mi cama. Seguí rápidamente los pasos de mi abuelo, me dijo que para poder viajar en el tiempo lo primero es cerrar los ojos, segundo pensar en el lugar a donde quería viajar, tercero, tomar bastante aire y, por último, cuando sientas que no puedes contener más el aire, abrir los ojos. En efecto, estaba viajando por el tiempo y el espacio, por mis ojos pasaban muchas imágenes de otras épocas, personas importantes, genios de la antigüedad; hasta pude reconocer a muchas personas de las fotos que tenía mi madre en su habitación.

Después de un largo viaje, superando la velocidad que alcanzaba el pequeño coche de mi abuelo que era bastante para un carro tan “prehistórico, aquí me encontraba yo en la era de los dinosaurios. Me adentré en una jungla. Por lo que había leído en tantos libros que me llevaba el abuelo, sabía que los dinosaurios carnívoros no solían vivir allí. Ellos siempre estaban cazando en las praderas o valles, donde las manadas de iguanodontes solían parar a descansar de sus largas migraciones desde el norte para comer y tomar agua.

Armé un pequeño campamento debajo de un árbol de frutos azules, ¿por qué de frutos azules?, mi mamá tenía un camaleón de mascota y éste cambiaba de color según el lugar donde estuviera; y como era un reptil, llegó a mi cabeza la idea de que algún

dinosaurio tuvo que haber evolucionado hasta convertirse en un camaleón multicolor. Puse la trampa y decidí acostarme, se me hacía raro no haber visto ningún dinosaurio, los escuchaba pasar al lado de mi tienda de acampar todo el tiempo; eso era lo que más me preocupaba hasta que por fin escuché el sonido que había esperado durante 5 horas. ¡Al fin había atrapado mi dinosaurio azul!, me levanté lo más rápido posible que pude, abrí la carpa y definitivamente había atrapado un dinosaurio, no azul, pero sí un color que también le agradaba bastante a mi mamá: un dinosaurio amarillo. El dinosaurio me miró, y me dijo “no era lo que esperabas, ¿no? Yo soy amarillo y tú querías uno azul, por eso el árbol de frutos azules”. No creía que un dinosaurio me pudiera hablar, pero si pude viajar a través del tiempo y el espacio, que un dinosaurio me hablara no era tan descabellado después de todo. A continuación le conté el porqué de mi viaje y me dijo, sin pensarlo dos veces, que me iba a ayudar, no a encontrar un dinosaurio azul porque era prácticamente imposible, era muy raro ver uno, pero sí a reunir todos los dinosaurios posibles para salvar mi pueblo.

El dinosaurio cambió de color, naranja, como el atardecer de Lubuskie, además creció hasta el punto de que su cabeza salía por las ramas de los árboles de la espesa jungla húmeda. Me monté en su lomo y recorrimos toda la Pangea, haciendo nuevos amigos dinosaurios de todos los colores, todas las especies: terodáctilos, tiranosaurios, velociraptores,

triceratops, brontosaurios, cualquier dinosaurio que se puedan imaginar estaba con nosotros. Ya estábamos listos para volver a mi hogar. El que había decidido sería mi nuevo mejor amigo, el dinosaurio naranja, volvió a cambiar su color, esta vez azul y, en un abrir y cerrar de ojos, ya habíamos vuelto a mi casa, todos los dinosaurios habían viajado con nosotros. Bajé del lomo de este enorme dinosaurio azul, toqué dos o tres veces, abrió la puerta y me gritó en la cara un soldado, algo en alemán que no entendí. Cuando el soldado levantó la cabeza y vio a todos los dinosaurios hambrientos detrás de mí, se dio media vuelta y gritó exageradamente fuerte. En cuestión de segundos, como mi viaje cósmico, ya no había un solo alemán en Lubuskie.

Mientras los dinosaurios esperaban afuera, entré y noté que los alemanes no habían alcanzado a hacer muchos estragos en la casa. Noté que unos ojos se asomaban por debajo de la mesa del comedor y grité con toda la fuerza ¡Mamá!, ya te vi, volví con tu dinosaurio azul.

Y esa es la verdadera historia de cómo los alemanes fueron expulsados de Polonia, no el 6 de octubre como dicen los libros de historia, que afirman que los soldados polacos se rindieron. No, los alemanes se rindieron y el mismo día que intentaron invadirla fueron expulsados, todo gracias a mi amigo el dinosaurio.

No papi no, no lo hagas otra vez

Por Claudia Ximena Sánchez Sepúlveda (1994)

Colegio Provinma

Tengo recuerdos de una muerte extraña que ha atormentado mi vida entera y no encuentro la solución a aquella discusión que algún día presencié en el dormitorio aquel.

Todo comenzó con un simple problema. Llegaba de la escuela, las notas de mi hija bajaban y yo enfurecía. No encontraba la salida, nunca supe por qué lo hacía. Atención tal vez, llegué a pensar, pero ella era tan pequeña para entender aquel problema.

Así pasaron los días hasta que un día la profesora de mi hija me llamó —Aló— dije, y ella me respondió entre los dientes —su hija, mmm, su hija... le está yendo muy mal... sinceramente dudo que pase el año, enserio lo lamento—. Sin compasión alguna cogí a mi pequeña hija, la llevé a su dormitorio y en aquella esquina tres cachetadas y un correazo le di. Eso pasó durante cuatro, cuatro de sus peores años, a sollozos y gritos me decía —¡NO PAPI NO!...no me pegues otra vez—, pero no lo dejaba de hacer hasta que sus pequeñas piernas empezaran a sangrar de nuevo.

Mi hija... mi hija era tan hermosa como una rosa, pero tan tonta como una mosca. No podía creer que no pudiera aprender. Enfermedad pensé

otra vez, aunque no lo creía.

A veces me sentaba junto a ella a estudiar en su dormitorio, la sentaba en su camita, y le besaba su mejilla. Pero un día hubo un silencio entre los dos, me miraba con sus ojos grandes y verdes, alzando la barbilla me dijo —Tengo un problema, papá, difícil de solucionar, desde la primera vez que alzaste tu mano contra mi piel, durante... estos años, me he dado cuenta que mi problema se encuentra en mi cabeza; quise ir al doctor, pero soy tan pequeña para entrar sola en su consultorio, aún así fui, pero él no encontró ningún problema, sin embargo me hizo una pregunta, “¿tu padre te pega?”—. Mi corazón comenzó a latir rápidamente, sentí cómo mi piel se erizaba poco a poco... —Tranquilo papi, no le contesté... pero sin querer una lágrima rozó mi piel, salí corriendo de allí lo más rápido que pude y por eso me tropecé, y estando tirada miré fijamente cómo todos mis compañeros jugaban y se reían, qué alegría ser niño—.

Después de oír eso, la miré con tanto odio y le dije —¡TONTA Y MENTIROSA, ¿LAS DOS COSAS?!— le pegué otra vez. Suspendida en el suelo de su pequeño dormitorio, con sangre en su cuerpo y salpicada en su rostro, la miré fijamente y me di cuenta de que estaba sonriendo y su mirada era tan dulce, estaba tan tranquila, pero igual hice como si no me importara y le torcí la mirada. —Te perdono papá— me dijo, pero no le puse mucha importancia, tal vez sólo me lo imaginaba.

Al día siguiente entré en su dormitorio, me sor-

prendió verla aún tirada ahí con la misma sonrisa y la misma mirada, no se movía, no respiraba; caí de rodillas ante su cuerpo, —No mi bebé, no ella— dije entre lamentos. La levanté del suelo, y la llevé al hospital, los médicos no pudieron hacer nada, ya era demasiado tarde. Sólo uno se acercó y me dijo—Su hija padecía una enfermedad que le impedía concentrarse o hacer ciertas tareas que cualquier niño podría hacer fácilmente; y los golpes sólo empeoraban su estado, hasta el punto en que su cuerpo no soportara más y, así, muriera.

Gracias por escuchar mi historia, soy un convicto arrepentido, acusado por maltrato infantil. Acabé con la vida de mi esposa, una mujer grandiosa la cual no supe valorar, ella padecía también esa misma enfermedad, era tan tonta...ja... Pero demasiado hermosa. Después de ella sigue la muerte de mi preciosa hija y después sigo yo, que muero poco a poco, una muerte silenciosa, por pena moral de que nunca aprecié y mucho menos valoré una pequeña criatura que sólo quería crecer.



Poesía

Antología del Concurso de Cuento y Poesía

USAQUÉN 451

D . E . M . E . N . T . E .

Por Sandra Bernal Salazar (1995)

Colegio Las Esclavas

Mis voces me cuentan que conocen, así como me conocen, a otras personas tristes y locas, pero que a pesar de ser como uno de mis yos, no me conocen.

Qué triste...

Seríamos un poco menos infelices si pudiéramos llorar sobre otras, que no sean las propias cicatrices. Me cuentan cuentos de ellas en las noches, para que pueda dormirme y soñar menos feo si sueño que le duele, no a mí, sino a las personas que veo entre mis sueños. – ¿Sabes? me ha gustado una en especial, porque lo que oigo, lo siento y también lo veo.

¡No le digas a otros!

Si quieres, te lo cuento, tal como en el cuento:

Un día de enero estaba viva ella,
Stella,
terriblemente incomprendida,
arruinada entre la ruina,
con la gloria entre un baúl y tres segmentos de paredes.

Atada su alma al muelle
y a los Karmas,
desmembrándose
de a poco con un ancla,
las manos y los sueños,
mientras duerme.

Y las uñas,
rasgando entre las rocas,
el reflejo
de una luna sucia,
opaca,
inerte.

Lloraba en seco,
más que la lluvia en la mañana
o una piscina en Atacama,
lloraba porque era perder el juicio y la merienda,
sin siquiera poder pedirle algo al de la tienda.
Lloraba sin razón y con motivos
a sus hijos, sus vestidos,
sus muertes,
lloraba inaudita a ese destino
y a la mismísima suerte.

¿A poco no es precioso? Me hace saber exacto lo que siente, incluso ahora que te lo cuento a viva voz, más lo siento, he sentido caer más de siete lágrimas por mis mejillas, —Tranquila, si no las ves, es porque ya han caído en las rejillas de ésta la hoja de papel. Pero, no te sientas mal, tú debes sólo continuar leyendo y quizás si lograras estar un poco más distraída olvidarías a Stella y a su vida hecha trizas, o cenizas polvorientas de madera. Tú qué puedes decidir, continúa. —¡Vete!

Mejor irse ahora que no hay nadie mirándonos por las cornisas, ahora que no ha pasado nada de lo que pudieras reírte para después llorar. Deberías morir en este mismísimo instante, ¿quieres que te acompañe? Yo a veces he pasado a ese pasillo increíblemente lar-

go y resbaladizo, luego de muchas veces de intentar llegar hasta la última puerta de los gritos. Ya sé cómo ir y volver. ¿Ves? ¡No hay de qué preocuparnos!
¡Aquí viene! Es el momento magno de mis miedos, ¡lo escucho todo!, - shhh!, sé que tengo ese poder.
¡Lo juro!

El ruido, ahora lo oigo menos quedo, ahora que sucumben ante sus huesos desgastados, las paredes, oigo cómo cruzan, rapaces en su vuelo frenético, mis seguridades.

Se han ido.

Me han dejado sola, con todas mis manías apabullándome con sus chillidos y sus llantos, ¡no soporto tanto ruido en mi cabeza! ¡Porque lo oigo TODO!
— sí, todo...—

Escucho incluso tus respiraciones inconclusas, mientras lees, y también al pobre mosquito fastidiando tras la puerta. Iracunda me levanto de entre todas ellas. ¡Sé que vendrán por mí, no pienso aplazar más el agujero carmelito entre mi frente! Llevo años resistiendo, es hora de clamar por mi calma y mis caleidoscópicos seres. Es que, algunas ya no son serviles a mi lado amable y decente. Creo que están enojadas porque les hablé zurrándoles un poco fuerte. —No importa, se les pasará.

Nadie viene.

Estoy fría, debe haber algo malo conmigo.

¡NOOOO! ¿Cómo es eso de que las han matado a todas, y nadie, aparte de algunas de mis yo, somos sobrevivientes?

¡Algo me está pasando!

Algo me está pasando, no escuché cada sonido de las municiones atravesando sus mentes... yo debí

escuchar el chasquido del arma y la melodía de sus
cráneos deshaciéndose.

¡Y Tú! Por qué sigues ahí leyendo ¡¡¡plácidamente!!!

¿¡Ah!?! ¿Recuerdas? aún puedo escuchar lo que tienes
en mente... Yo no estoy loca. Yo, soy una mente bri-
llante. Jajajaja y estoy ligeramente, sólo ligeramente
¡DEMENTE!

Pero lo sé todo de ti — y aún estoy consciente.

Vibraciones profundas
palidecen el brillo de mil soles en mi alma,
y cuando mueren...
sutiles en el borde de mi piel,
entristecen múltiples segmentos de mi ser.
En medio del temblor vívido de mis temores,
emergen chorreando los surcos y paredes,
como sangre guerrera
y veneno de serpientes cascabeles.
Carcomiéndome los ojos,
mis errores,
mis horribles sueños,
mis anhelos,
mis demonios,
mis placeres.

Por Andrés Camilo Salcedo Gil (1995)
Gimnasio Marroquín Campestre

Nos encontramos mirando este triste panorama
de tierra yerma y desolación, donde no cabe la espe-
ranza de los hombres.
Los vientos fríos se llevan cualquier vestigio de gran-
deza que pudo morar esta tierra.

Inhóspitos son los parajes donde nacimos
que en yerba mala nos vieron crecer.
Ni las estrellas acompañan la noche
sólo tinieblas en soledad.

Las largas sombras me muestran un camino,
profundas cavernas a recorrer,
o pueden ser simples pasajes al erebo.
Ningún hombre lo sabe o ha de saber.

Encuentro preguntas sin respuestas
y cuestiones sin sentido.
Bien quisiera encontrarme a Virgilio
y me guíe por el abismo.

Presiento el final del camino
pero no atisbo un viso de esperanza.
Qué extraña congoja siento,
qué solo estoy.

Menudo sufrimiento
producto de la ignorancia adusta,
el no saber el camino ni el porqué

del caminar.
A tientas recorro este camino,
no sé a dónde me llevará.
El erebo ya he pasado
pero Virgilio nunca apareció.

Mi poco conocimiento
me lleva a cancinas ideas.
7 círculos pasaron,
la luz por fin se filtra.

Se acaba el mundo de los hombres,
lo siento en la tierra.
Un perfume a flores me llega desde el norte.
¿Será la tierra de Durante?

Mi mente se niega a creer
lo que mis ojos le dicen:
visiones de sangre y fuego.
Por no querer caer.

Verdes olivos y altos pinos al horizonte,
el canto de las arpas llega a mí,
las trompetas anuncian
a quien no tiene fin.

Llegado al ocaso del camino,
poco o nada he comprendido,
es como si los clásicos dijese
nada ni nadie ha entendido.

Sola entre un mundo de extraños

Por Andrea Malagón M. (1993)
Colegio Provinma

El viento acaricia mi cara mientras camino,
suavemente me deslizo entre una multitud.
Parece tan gris todo este mundo que me rodea,
aún no comprendo quién soy en verdad,
sólo busco entre la niebla un país de nunca jamás
donde pueda ser feliz,
pero,
en un momento, la angustia suele apoderarse de mí.
Grito con desesperación pero parece que nadie me
escucha,
al fondo, un túnel y siempre alguien que parte
para dejarme a la deriva.
¿Qué pasa?, ¿qué te hice?,
suelo preguntar con gran inocencia antes de que se
vaya,
pero nunca me responde,
sólo se voltea
y con lágrimas en los ojos levanta su mano con suti-
leza y dice adiós.
¿Qué mundo tan horrible es éste en el que me en-
cuentro?
Tal vez ese mundo maravilloso del que me hablaban
cuando era tan solo una pequeña
no existe,
nunca existió.

Tan sola en este mundo siempre me he encontrado,
tan aburrida de aparentar lo que no siento,
tan aburrida de hacerme la fuerte,
tan aburrida de escuchar siempre lo mismo,
tan cansada de buscar a aquellas personas que se me
perdieron alguna vez en el camino,
tan acostumbrada estoy al silencio de mi boca y al
ruido de mis gritos,
que en un alma agobiada se ahogan,
carcomiendo la carne,
cavando una herida cada vez más profunda.
Qué sorda me he vuelto,
tan agotada de la indiferencia y conveniencia de los
demás,
tan llena de odio y resentimiento
que aún no comprendo cómo hago para aparentar
felicidad,
tan acostumbrada al dolor de la soledad,
que la muerte me da igual.
Siempre tan a la deriva,
tan expuesta al daño,
a la tristeza,
que tan solo me queda pedir limosna de amor,
tan solo eso pido,
amor.
Sueño con alguien que no se vaya,
que se quede a mi lado,
que no se asuste al ver que los gusanos me comen viva,
alguien que me ayude a limpiar y sanar las heridas
de mi corazón.
Tengo la esperanza de que ese día llegue,
el día en que pueda ver un barco partir sin tener mie-
do de que quienes yo amo cruzaran la puerta para

ir a bordo, y yo estaré en el muelle con un pañuelo blanco viéndolos partir una vez más.

Con la esperanza de que entre un mundo de extraños,
me reencuentre con alguien que conozca y me reconozca,
alguien que sin tapar sus oídos escuche mis gritos y mis penas,
alguien que, sin importar quién sea yo en verdad
o cuántos defectos tenga, me dé un abrazo.

Sola entre un mundo de extraños,
la llama de la esperanza ya casi no se ve,
pero,

ese fuego sigue a la espera de alguien que la vuelva a
encender y a darle vida.

Sola entre un mundo de extraños,
espero con ansia su regreso.

Tiempo muerto

Por Catalina Zambrano (1994)

Colegio Las Esclavas

Estoy de luto,
mi tiempo se ha muerto,
ya no tendré ese apoyo en la muñeca,
que me hacía sentir tan segura y obstinada.

Oh mi tiempo, hasta el agua
era incapaz de matarte;
ni las caídas, ni los olvidos,
ni yo pude matarte.

Mi preciado tiempo,
cuánta falta me haces,
viejo, desgastado
y algo lento.

¿Por qué te fuiste?
¿Por qué tenías que partir tan de pronto
dejándome sola
en el vaivén de la vida?

Espero, tiempo, que en tu cielo
no den las 17:06,
hora de tu muerte;
que sea un amanecer
el que te ayude a marcar las seis de la mañana,
que sea una luna la que te marque las doce de la noche.

Ahora me despido, tiempo,
llorando tu muerte,
perdida, sin minutos, ni segundos,
ni horas, ni días.

Tan sola, a la deriva de la vida
y su inclemente vaivén.

Luna roja

Por Ivonne Eliana Flórez Limas (1996)

I.E.D. Unión Colombia

La luna hoy no está como suele estar,
hoy la luna sangra por la herida
que ha dejado la nostalgia de regresar
y ver que ya nada es igual.
Hoy la luna sufre porque ya no vive
el hermoso recuerdo del ayer.

Obstinación

Por Daniel Santiago Martínez Luna (1992)

Colegio Santo Tomás de Aquino

Tú, que sólo puertas abres y cierras,
entras y sales sin aviso alguno;
eres apetejada como la ambrosía
de ángeles y demonios.

A mi alma destruida y dolida,
caída en el abismo del olvido,
llegas como un rayo de luz
sembrando esperanzas e ilusiones
que mueren lentamente.

Como una maldición,
como un borrego sigo,
como un niño me lo creo,
es un rasgo inherente en mí ,
pero cómo expresarlo,
¡oh, no me importa, en realidad!

Sólo soy un esclavo,
un caballero imprudente,
intentando no caer de nuevo
en deslumbrantes destellos dorados,
en el carmesí de la pasión,
y seguir luchando en vano.
Odio al sol y a la luna,

pueden ver lo que nadie ve,
en un parpadeo estallar sus emociones
y en un segundo, iluminarte.

Pero aún no está muerta,
aun puedo inconscientemente seguir,
seguir clavando esa espina envenenada
que socorra mi cobardía.

Desde este momento me entregaré
a lo imposible, tú.
Seré el despertar que te regale alivio,
ése que romperá tus pesadillas en dos
y derrumbe ese muro.

La historia Magna

Por Heidy Liliana Moreno Saboya (1994)
Colegio de la Presentación Sans Façon

Quién diría que aquel hombre,
noble y sincero, un amante,
daría su vida por aquellos
que alguna vez lo llamaron cobarde.
Jesucristo los ampare,
que perdone sus pecados,
ayude a esos incrédulos
Y a todo aquel condenado.
No conocieron historia
más pura, dulce y hermosa.
Perfecta en todo sentido,
Jesús, rey y dueño de gloria.
Amar es muy difícil,
en estos tiempos modernos
se vive por apariencia
y no por lo que se lleva dentro.
Muchos hombres y mujeres
lloran desconsolados
pensando en aquel amante
que hace parte del pasado.
Amar no hace parte del cuerpo,
ni un instinto del alma
es un hecho sobresaliente
Que alaba y ensalza el alma.

Por María Fernanda Meneses García (1995)
Colegio Provinma

La ausencia de tu mirada penetra profundamente en
mi cuerpo,
lo incinera, lo destroza, lo vuelve cenizas,
la soledad se mezcla con el llanto y el silencio,
la soledad grita tu nombre.

Y me pierdo en la penumbra,
y desprecio todo lo conocido,
me hundo hasta el fondo,
el fondo de nada,
y me encuentro vacío.

Quiero despedazarte,
hundirte conmigo,
amarte hasta que la sangre de mi cuerpo
brote por los poros de mi piel
e impregne tu cuerpo,
se mezcle con el rojo de tus labios,
y por fin vuelva tu mirada.

Amor

Por Catalina Ramírez Tafur (1994)
Colegio de la Presentación Sans Façon

Hoy, como todos los días, te vi.
Tenías un rostro amable, aunque incierto,
sabías lo mismo que yo,
estabas lleno de ansias por aquel beso,
por aquella caricia que no supimos de dónde apareció.
Tenías en tus ojos la certeza de mi amor
y yo... sin saberlo, ahogada entre sueños,
deseaba encontrarme contigo,
quería sumergirme entre tus pensamientos,
saber si en realidad moriste el mismo día que yo.

Qué es morir, me pregunté...
Y quise mentirme repitiendo frases desconocidas,
tratando de justificar ese sentimiento
que sólo nace desde ese yo que no tiene nombre,
o si lo tiene, pues eres tú.
Ese día no sólo el amor caminó hacia mí,
ese día entre besos, abrazos, caricias
pude percibir lo débil que soy frente a ti,
débil ante tu mirada,
débil ante esa manera que sólo tú tienes para llegar a mí,
porque, sabes, morí
y sin saberlo...
morimos
extasiados, respirando placer,
rogando poco a poco
que entres dentro de mí y nunca...
nunca puedas volver a salir.

Veredicto final

Por Alejandra Vásquez (1995)
I.E.D Unión Colombia

“La vida es un constante camino hacia la muerte”

Todo empezó en una noche oscura,
una noche en que las estrellas decidieron irse
y la luna cristalina estaba.
Yo en la soledad infinita de mis deseos,
en el complejo mundo del pensar.
Una copa de vino y la suave melodía de la noche me
acompañan,
escribiendo pensamientos, sentimientos encontrados;
mi mente recordando estaba.

En cada respiro mi alma desangraba,
me sumerjo en la oscuridad
y me ahogo en incertidumbre;
tiempos que nunca volverán.
La edad se convierte en mi enfermedad
el cronómetro de mi corazón se acelera,
pero el tiempo se hace lento...

El sonido de la muerte todo trasciende,
con temor lo escucho,
todo se hace inútil.
En un camino desconocido estoy,
sensación que con dudas se asemeja.

Una luz encontré,
una voz que juzga mi existir
y el camino se hace más largo, largo y largo.
De repente rumores escucho
de una bestia quizás,
veo que mi castigo llegó
y de tan corto juicio siento el veredicto final.

Veredicto final injusto,
mi conciencia atormentada;
el látigo del recordar cada vez más fuerte está
y de aquí no puedo escapar...

